

«Rusia es el territorio ideal para teorías que asientan sus pies en el terreno del infinito.»

Lenin pisó la Luna



**EDITORIAL
ROSAMERÓN**

Lenin pisó la Luna

LA DISPARATADA HISTORIA
DE LOS COSMISTAS RUSOS

MICHEL ELTCHANINOFF

Traducción de Francesc Esparza Pagès

Derechos exclusivos de la presente edición en **español**
© 2023, editorial Rosamerón, sello de Utopías Literarias, S.L.

Lenine a marché sur la lune
Primera edición: enero de 2023
© 2022, Actes Sud
© 2023, Francesc Esparza Pagès, por la traducción

Imagen de cubierta © Todos los **derechos reservados** / Utopías Literarias, S. L., a partir de una imagen en dominio público de **origen desconocido**.

Imagen de interior: moneda **conmemorativa** de la Federación Rusa dedicada a Alexandr Chichevski, 1997. Dominio **público**.

ISBN (papel): 978-84-125630-4-7
ISBN (ebook): 978-84-125630-5-4
Depósito legal: B 22024-2022

Diseño de la colección y del interior: J. Mauricio Restrepo
Compaginación: M.I. Maquetación, S.L.
Impresión: Romanyà Valls
Impreso en España – *Printed in Spain*

Todos los **derechos reservados**. Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier **forma** de reproducción, distribución y transformación total o parcial de esta obra por **cualquier medio mecánico** o electrónico, actual o futuro, sin contar con la autorización de los titulares del *copyright*. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de **delito** contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sigs., Código Penal).

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por tanto respaldar a su autor y a editorial Rosamerón.

editorial@rosameron.com
www.rosameron.com

Índice

Introducción | 13

- 1** El cosmos santificado | 23
- 2** Reencantar la ciencia | 35
- 3** Resucitando a los muertos | 43
- 4** Los bolcheviques que querían dioses | 57
- 5** La fabricación del hombre nuevo | 87
- 6** Colonizar el espacio | 109
- 7** La vía cósmica. *Vernadski* | 127
- 8** Una New Age soviética | 149
- 9** Cosmistas vs. transhumanistas | 167
- 10** El cosmismo en América | 193
- 11** Conclusión | 209

Notas | 221

Agradecimientos | 247





Introducción

29 DE MARZO DE 2007. Vladímir Putin, cuyo segundo mandato como presidente de Rusia está llegando a su fin, viaja a la ciudad de Kaluga, a 200 kilómetros al suroeste de Moscú. El objeto de su visita es la casa museo de Konstantín Tsiolkovski (1857-1935), filósofo e inventor que pasó en Kaluga buena parte de su vida, entre finales del siglo XIX y la década de 1930. Personaje peculiar, Tsiolkovski fue considerado ya en la época soviética el precursor de la conquista nacional del espacio, el auténtico abuelo espiritual de Yuri Gagarin, el primer astronauta¹. En efecto, Tsiolkovski proyectó cohetes hasta el último detalle, y muchas de las maquetas que diseñó pueden verse hoy en su museo.

Durante su visita, Putin es obsequiado por la bisnieta del inventor, Elena Timoshenkova, con dos de sus cuadernos, que datan de la década de 1920. «Como nuestro gran compatriota afirmó —filósofa el presidente al salir del museo—, la meta no son los cohetes: es mejorar la vida humana, lograr la felicidad de las personas. Así hablaba Tsiolkovski»². Unos meses más tarde, en concreto el día 6 de noviembre, Putin firma un de-

creto con el que anuncia la creación de una base de lanzamiento de cohetes en suelo ruso. Esta deberá sustituir a la antigua y célebre base de Baikonur, en territorio de Kazajistán desde la desintegración de la URSS³.

El 12 de abril de 2013, en los comienzos de su tercer mandato presidencial, y mientras se prepara para iniciar una ofensiva ideológica conservadora y antioccidental sin precedentes, Vladímir Putin visita el cosmódromo de Vostochni, entonces en construcción. Situado en el *óblast* de Amur, en el sureste de Siberia, apenas a un centenar de kilómetros de la frontera china, Vostochni es uno de los principales proyectos estratégicos de esta nueva y poderosa Rusia, decidida a vengar la humillación que considera haber sufrido tras la caída de la Unión Soviética. En este contexto de venganza, el discurso de Vladímir Putin sorprende al subrayar una vez más el carácter filantrópico y progresista de la conquista del espacio: «Me alegra constatar que el cosmos nos ofrece hoy una esfera de actividad en la que es posible olvidar los escollos de las relaciones entre países, en la que es posible elevar nuestros vínculos a una esfera más fecunda aún, la de la alta tecnología, en la que desterrar nuestros problemas y centrarnos por completo en el futuro de nuestras naciones, en el futuro de la humanidad».

Esta visión optimista y conciliadora de la historia humana no surge directamente de la mente de Putin. Es fruto de la apasionada mente de aquel Tsiolkovski cuya casa visitó en Kaluga. Según Putin, en efecto, Tsiolkovski «fue una de las primeras personas, no solo en nuestro país sino en todo el mundo, en preocuparse por estos problemas. Pero no contamos hoy con conurbación alguna con su nombre. En este lugar no vamos a construir únicamente un aeródromo y una base de lanzamiento, sino también un centro de investigación y una

ciudad entera. Y creo que, si tras consultar a sus habitantes, decidimos dar a esta ciudad del futuro el nombre de Tsiolkovski, habremos obrado con justicia»⁴. Un año y medio más tarde, tras una votación en la que casi el 85% de los habitantes de la localidad se han mostrado a favor del cambio de nombre, un nuevo decreto presidencial bautiza oficialmente como Tsiolkovski a la que hasta entonces era una ciudad cerrada, destinada a ser reconstruida. No sabemos mucho sobre la ciudad en construcción, ni sobre la base, pero en el momento de escribir estas líneas no ha reemplazado aún a Baikonur⁵.

De lo que no cabe duda es que el homenaje de Vladímir Putin a Konstantín Tsiolkovski tuvo como objeto respaldar una visión específicamente rusa de la conquista del espacio. Si desciframos sus citas, es fácil comprender su sentido implícito: si los estadounidenses, señalados de forma cada vez más abierta como el principal adversario de Rusia, exploran el espacio para saciar sus deseos egoístas y su anhelo de poder, los rusos en cambio lo hacen por el bien común de la humanidad. Como en todos los demás ámbitos, Vladímir Putin se sirve de los discursos escritos por sus asesores para oponer el espíritu calculador y opresor de Estados Unidos al idealismo, la generosidad y los heroicos sacrificios de Rusia, sea esta la soviética, la zarista o la putiniana. Sin embargo, si hubiera estudiado algo mejor las obras de Konstantín Tsiolkovski, a quien tanto le gusta citar, puede que el presidente ruso hubiera dudado en nombrar una ciudad en su honor. Este erudito autodidacta forma parte de un movimiento filosófico cuanto menos extraño: el *cosmismo*. Para Tsiolkovski, el objetivo de la conquista del espacio debía ser en efecto, como Putin cándidamente repite, obtener la felicidad de la humanidad. Pero el propósito de explorar nuevos planetas debía ser colonizarlos, pues, se-

gún él, el destino de la raza humana es poblar el cosmos y perdurar para siempre.

Sorprendentemente, a 10.000 kilómetros de Kaluga, en la arrogante América obsesionada con el dinero que Vladímir Putin no duda en fustigar, otra persona cita igualmente a Tsiolkovski. Es también uno de los hombres más poderosos del mundo, y uno de los más ricos. Se trata de Elon Musk, creador de Tesla y fundador, en 2002, de Space X, una empresa que pretende encabezar la nueva conquista espacial con proyectos como la colonización de Marte. El 10 de marzo de 2018, Musk interviene en una mesa redonda sobre la serie de ciencia ficción *Westworld*. Tras haber sido aclamado como una auténtica estrella del rock, proclama: «En el mundo suceden cosas terribles constantemente. Pero la vida no consiste en resolver un miserable problema tras otro. Uno debe encontrar cosas que le inspiren, que le hagan levantarse por la mañana, que le hagan sentirse orgulloso de la humanidad». Y en apoyo de su punto de vista y a fin de justificar su plan de conquistar el espacio, añade: «Konstantín Tsiolkovski dijo: “La Tierra es la cuna de la humanidad, pero la humanidad no puede permanecer en su cuna para siempre. Es hora de conquistar las estrellas, de ampliar el espectro de la conciencia humana”. Es una frase que me emociona extraordinariamente y que me hace sentir feliz de estar vivo. Espero que a vosotros también»⁶. El empresario más visionario y el jefe de Estado más controvertido del planeta tienen un referente en común. No sorprende que hayan expresado su deseo de debatir entre ellos⁷.

Además de Tsiolkovski, Putin menciona otro nombre: el de Vladímir Vernadski. Junto a otras figuras rusas y soviéticas, Tsiolkovski y Vernadski integran en distinta medida un grupo de pensadores y científicos conocidos como cosmistas. Adora-

dos y discutidos, a menudo muy poco conocidos en la propia Rusia, Nikolái Fiódorov, Konstantín Tsiolkovski y Vladímir Vernadski postularon una interdependencia elemental entre los seres humanos y el universo. En contextos distintos, coincidieron en dos ideas principales. En primer lugar, la acción humana tiene el poder de moldear el cosmos, empezando por la naturaleza y la Tierra, y extendiéndose hasta las estrellas más lejanas; nuestra acción es pues cósmica desde el principio. En segundo lugar, los fenómenos físicos de origen y dimensión cósmicos obran una influencia mucho mayor en la actividad humana de lo que a menudo se cree. Nada de lo que atañe al espacio nos es ajeno. Para algunos cosmistas, por ejemplo, la energía solar ha ejercido una acción directa en la historia de la humanidad.

Partiendo del axioma de tan poderoso vínculo entre el hombre y el universo, los representantes de esta corriente, que a partir de la década de 1970 sería conocida como *cosmismo ruso*, prevén la posibilidad de transformar radicalmente la vida humana. ¿Por qué la ciencia no debería permitirnos resucitar a los muertos? ¿Por qué no podría hacernos inmortales? Si no hay en la Tierra lugar suficiente para la actual sobreafluencia de seres humanos, ¿por qué no colonizar el espacio y establecerse allí? ¿Por qué no debería el hombre hacerse cargo de la evolución del cosmos en su conjunto, no destruyendo su entorno, sino protegiéndolo y creando nuevos hogares para su existencia? Para ellos, es al ser humano a quien corresponde dirigir la evolución de la totalidad del cosmos: en el ámbito del espacio, por supuesto, pero también en los ámbitos geológico, biológico, físico o psicológico. La creatividad humana, afirman, revelada y utilizada de forma generalizada desde el Renacimiento, no ha dado ni mucho menos todos sus

frutos todavía, pues por el momento nuestra exploración no ha ido más allá de nuestro entorno inmediato. Cuando comprendamos nuestra participación activa en el universo, seremos capaces de modificarlo y transformarnos de forma mucho más radical.

La corriente cosmista reúne a personalidades muy dispares: súbditos del zar y ciudadanos soviéticos; místicos y ateos; eminentes eruditos y seudocientíficos que rozan la charlatanería; conservadores y revolucionarios; escritores, artistas, hombres de acción, activistas y líderes políticos. En gran medida, el cosmismo ruso es una reconstrucción ideológica que combina el nacionalismo con el gusto por lo oculto y el New Age al estilo soviético. Sin embargo, hay que tomar en serio lo que une a los cosmistas: la hipótesis de un vínculo entre la esfera humana y el universo entero. La carrera espacial entre China, Estados Unidos y otras potencias, por no hablar de contendientes privados como Elon Musk o Jeff Bezos, el fundador de Amazon, es prueba de ello.

Además, algunos cosmistas se han escrito y leído entre ellos, o han hablado entre sí. Un hilo conductor, poco conocido en Rusia y menos aún en el resto del planeta, recorre la historia de este país desde finales del siglo XIX hasta nuestros días. Un hilo que se remonta a la época de Dostoievski y llega hasta Vladímir Putin y algunos miembros de su entorno. En efecto, existe una tradición cosmista en Rusia, aunque se haya visto afectada por reconstrucciones retrospectivas y recuperaciones ideológicas. Y para entender ciertas fantasías que impulsan a algunas de las actuales élites rusas, debemos remontarnos en el tiempo y examinar las fuentes filosóficas de esta historia. Una historia que no se ajusta a la ideología marxista-leninista que dominó oficialmente la URSS durante más de

setenta años, pero que ha impregnado secretamente su cultura. Lo que proponemos es el descubrimiento de una narración distinta del siglo soviético, que abarca las últimas décadas del siglo XIX y hasta el siglo XXI. A diferencia de la potencia que se derrumbó en 1991, esta URSS desconocida no ha dejado de hechizar a algunos de nuestros contemporáneos, tanto en el ámbito postsoviético como en otros lugares, sirviéndoles incluso de inspiración.

Es lícito preguntarse si merece la pena interesarse por esta pequeña secta de pensadores y científicos ilustrados seducidos por vencer a la muerte o expandirse por el espacio. ¿Acaso no encarnan los peores excesos del bien conocido misticismo ruso, combinados con la utopía soviética de crear un hombre nuevo, liberado del lastre del pasado? Tal vez. Pero el hecho es que, en parte, las esperanzas de estos hombres olvidados se han convertido en las nuestras. No tanto en Europa —donde reina la desconfianza hacia el poder destructivo de la ciencia y la tecnología— como al otro lado del Atlántico, en Silicon Valley en particular. Hoy, a este sueño se le llama *transhumanismo*. Cierto que su idea principal difiere de la del cosmismo: más que dotar al hombre de una dimensión cósmica, se trata de superar nuestra humanidad rompiendo la que constituye su característica definitoria, la finitud.

Muchos investigadores pretenden que el progreso combinado de la biología, la medicina, la nanotecnología, la ciencia cognitiva y la informática permitirá a los humanos una existencia considerablemente prolongada, e incluso la inmortalidad. Los grandes magnates de la informática los financian generosamente. Serguéi Brin, cofundador de Google de origen ruso, pretende retrasar el envejecimiento y, por qué no, vencer a la muerte. Junto con su colega Larry Page, fundó en 2013 la

California Life Company, Calico, para la que han reclutado a investigadores como Cynthia Kenyon, descubridora en 1993 de uno de los genes responsables del envejecimiento en un gusano⁸; resolver biológicamente el problema de la decrepitud es el objetivo de Calico. Otra de las figuras del transhumanismo, el fundador de PayPal, Peter Thiel, condena lo que él llama «la ideología de la inevitabilidad de la muerte»⁹. El propio Jeff Bezos ha invertido tanto en empresas dedicadas a retrasar el envejecimiento como en cohetes¹⁰. Compañías como Alcor Life Extension Foundation ofrecen, a quienes son lo bastante ricos como para pagarla, la posibilidad de ser criogénicamente congelados en espera de ser revividos una vez la tecnología lo permita. Por su parte, la empresa Ambrosia Medical ofrece a sus clientes transfusiones de sangre con la promesa de prolongar así su juventud.

La búsqueda de la vida eterna y la conquista del espacio mantienen un estrecho vínculo: si la Tierra debe albergar a un número cada vez mayor de personas inmunes a la muerte, hay que hallar un sitio para ellas. Y el espacio nos lo ofrece. Puede que la idea seminal del transhumanismo, esa mezcla de racionalismo técnico y utopismo de influencia religiosa, se originara en la Rusia entre finales del siglo XIX y mediados del XX. Aunque también cuenta con fuentes americanas y europeas, el proyecto de superar la limitación de la vida y el apego a la Tierra necesitó de un suelo particular para nacer y desarrollarse. Así pues, para entender lo que está ocurriendo actualmente en los laboratorios americanos y asiáticos hay que fijarse en estos pioneros rusos y soviéticos que fueron los cosmistas.

Contar la historia de la vida y las ideas de los cosmistas rusos resulta además útil por otra razón: las visiones del mundo que inventaron, y que pueden parecerlos delirantes, fueron

innegablemente, audaces y en ocasiones sofisticadas. ¿De qué modo el proyecto de vencer a la muerte altera nuestra visión del ser humano? ¿Qué sentido debemos otorgar al sueño de vivir en un lugar distinto a la Tierra? ¿Cuál es la dimensión de la acción humana si tiene efectos sobre la geología y el clima? ¿Y cómo debemos concebir nuestra libertad cuando los procesos cósmicos influyen en nuestras vidas? Algunos de ellos lo plantean en términos teológicos: ¿puede el hombre elevarse al nivel creativo de Dios, creando vida y suprimiendo límites que parecían inmutables? Antiguas preguntas filosóficas que vuelven a plantearse hoy en día. Quizá nos falte un eslabón clave en esta cadena histórica que empieza en el humanismo renacentista y termina en Silicon Valley. Un largo viaje que, en un punto crucial de su recorrido, describe un bucle en la Europa del Este y que, de forma insistente, se detiene en un lugar concreto, la pacífica ciudad de provincias que en 2007 recibía la visita de Vladímir Putin: Kaluga.

